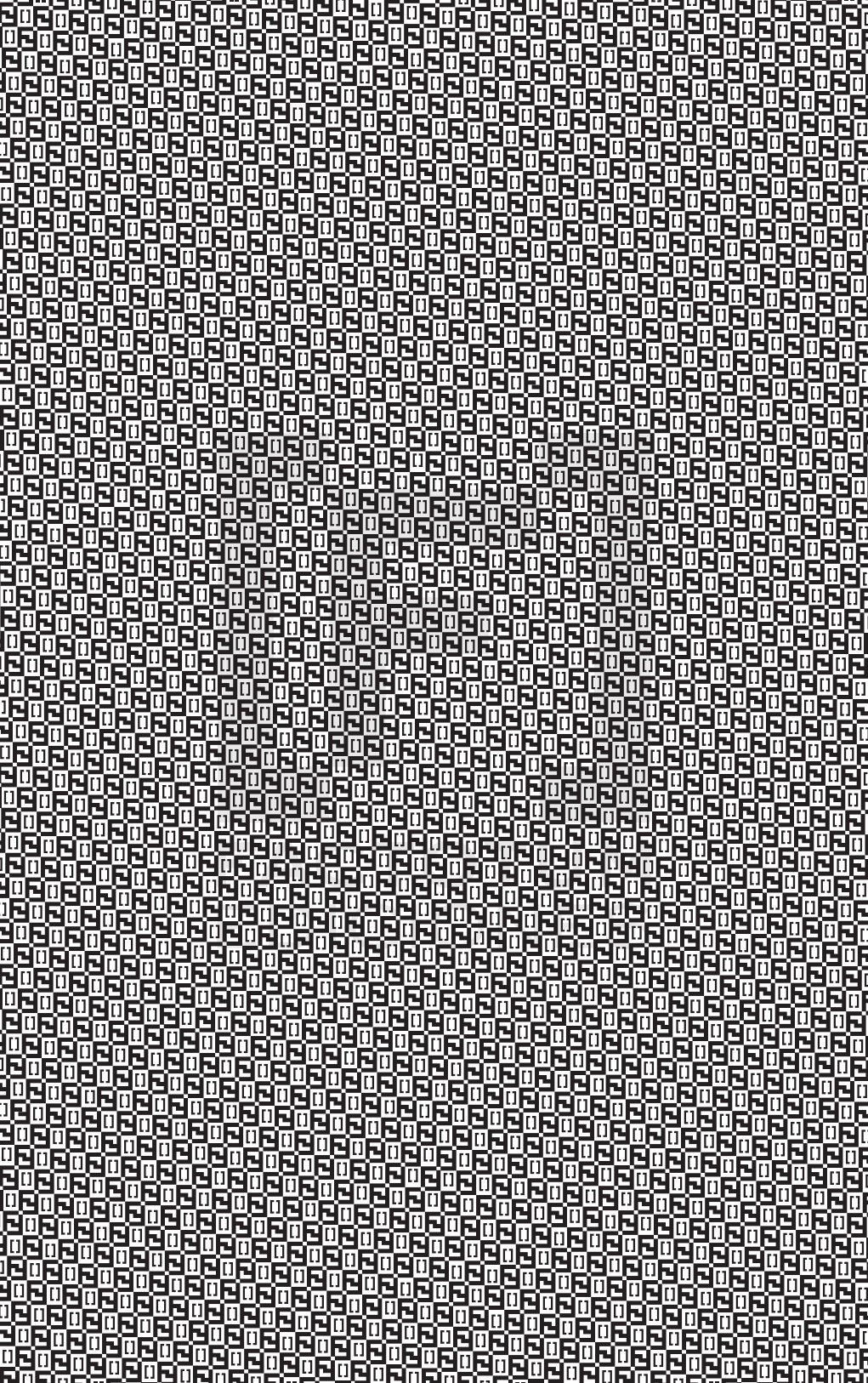
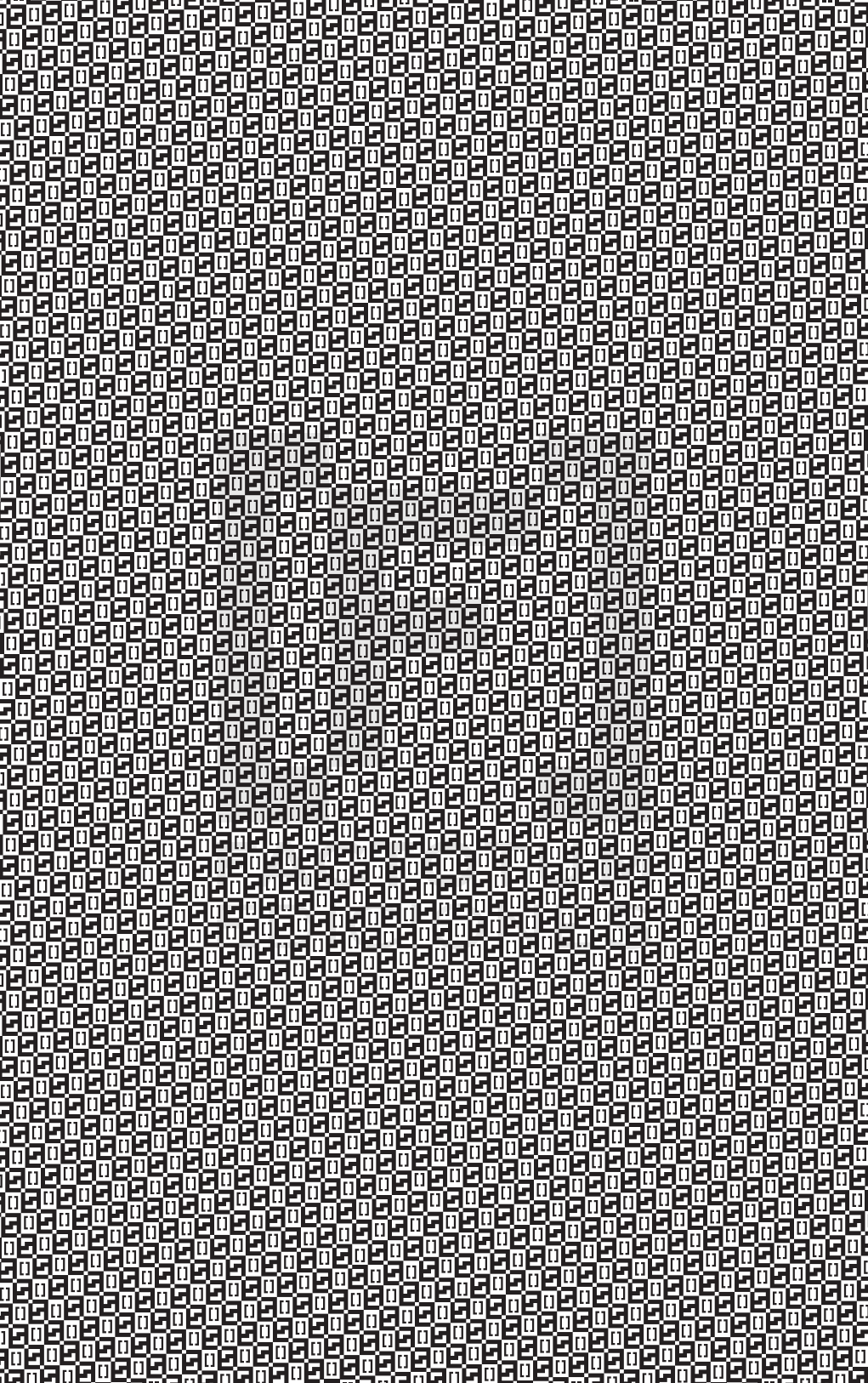






Los pájaros
de la tristeza

FACTOTUM
EDICIONES

Mey, Luis

Los pájaros de la tristeza / Luis Mey. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Factotum Ediciones, 2025.

208 p. ; 21 x 13 cm.

ISBN 978-987-4198-66-2

1. Narrativa Argentina. I. Título.

CDD A86o

© Luis Mey, 2025

© Factotum Ediciones, 2025

Pasaje Rivarola 115 (1015)

Buenos Aires, Argentina

www.factotumediciones.com

Edición integral: Fátima Nieves García

Diseño de maqueta: Renata Celli

Imagen de tapa: Getty Images

ISBN 978-987-4198-66-2

Libro de edición argentina

Impreso en India. *Printed in India.*

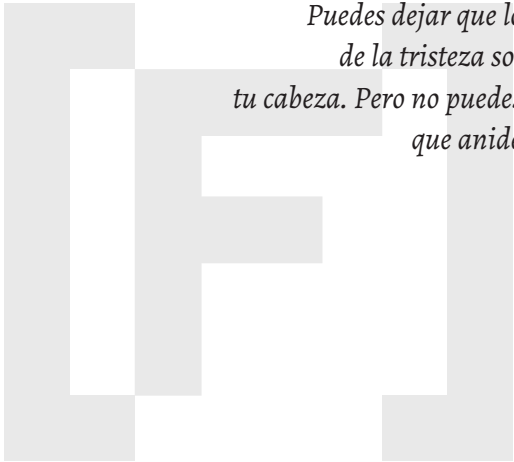
No se permite la reproducción parcial o total, el almacenamiento, el alquiler, la transmisión o la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopias, digitalización u otros métodos, sin el permiso previo y escrito del editor y herederos. Su infracción está penada por las leyes 11.723 y 25.446.

Los pájaros
de la tristeza

Luis Mey

FACTOTUM
EDICIONES





*Puedes dejar que los pájaros
de la tristeza sobrevuelen
tu cabeza. Pero no puedes permitir
que aniden en ella.*

TAGORE

FACTOTUM
EDICIONES

1

–¡Está durmiendo! –le digo a Jaime pero él igual me hace hombrito.

Mamá está acostadita con boca de aeropuerto de moscas como la vez que le hicimos lo de prenderla fuego. ¡Fue muy gracioso!

Nosotros no estamos dormidos. Nosotros somos él y yo. Él es Jaime y yo soy Manuel. Él y yo o Jaime y Manuel o nosotros estamos hechos bolita contra el *umbral* –como dice Jaime, pero para mí es una puerta– del lado de afuera de su pieza.

Hay un sol insolador del que le saca chorritos de humo a todo como el que les sale a las pavas y Jaime o él o la mitad del nosotros me mira con sus ojos loquitos escondidos en la cara llena de granos por más que tiene once años y se ríe. Se ríe sin ruido él o Jaime y me hace esa seña de los carteles de pasillo de hospital que es la de hacer silencio.

Él, Jaime, el jefe del nosotros, levanta una cacerola –con muchos golpes de las veces que la tiramos cuando jugamos

a los soldados contra los terroristas de las películas del noticiario— y un pedal arrancado a la bicicleta que nos habían regalado en Navidad, pero que habíamos usado para chocar los autos de los vecinos y al final se rompió y lloramos y después nos pusimos de dientes apretados.

Cuando levanta el pedal, todavía mudito, Jaime dice con la boca a la una a las dos...

—A las tres —digo y se termina de reír un poco por lo que vamos a hacer y otro poco por mi voz de pito de seis años aunque tengo nueve y me pongo un poco triste porque no me dice nada de que sé contar hasta tres mejor que antes, pero me aguanto de llorar porque estamos en un plan.

Los dos nosotros entramos con el pelo amarillo y saltando para mirarnos en el espejo de mami. Yo porque tengo nueve y todavía no pego ningún estirón que no sé si voy a pegar y mi hermano porque es petiso porque algo dicen las vecinas sobre la alimentación de no sé qué y qué sé yo a qué cosa de qué edad que debería haber pasado y no fue. Las señoras grandes hablan todo el tiempo de comida. Las odio con odio de dientes apretados. Quiero que se mueran como lo de quedar con las manitos en el pecho y los ojos cerrados. Ojalá se mueran súper rápido así no dicen cosas todo el tiempo.

Después del salto, decimos de nuevo UNO, DOS, TRES y empezamos a darle a la *cacerola chota*, como dice Jaime, con el pedal muerto, como deberían estar las señoras de la comida, y gritamos lo que teníamos planeado un rato antes en el cuchicheo de nuestra pieza, como dice mami que dice que decimos cuando hablamos así.

—¡Yo no quiero ser Jaime! ¡Yo no quiero ser Jaime!
—dice él.

Al mismo tiempo de la caceroleada y de lo que grita Jaime, yo también grito pataleando:

—¡Yo no quiero ser Manuel! ¡Yo no quiero ser Manuel!

La habitación tiene olor a pucho de grande y a sol que quemó algo plástico y a gotitas del cuerpo de mamá, que tiene un poco olor a feo de su boca y tiene una remera de Coca que está como si le hubieran raspado las letras con las uñas de alguien y el pelo pegado a la frente por grupitos de pelo y que se le mete entre las linitas de la cara. Se despierta de un salto y se agarra el pecho con los ojos abiertísimos. ¡Es muy gracioso!

—¡Ah! ¡Ah! ¿Qué pasa? ¡Dios mío! Ay, Dios... me muero, ¿qué pasa? ¿Qué hacen?

—¡Yo no quiero ser Jaime!

—¡Yo no quiero ser Manuel!

Hacemos un montón de veces el *reclamo* —que es lo que Jaime dice que es el plan— y un montón de veces con la olla y el pedal. Mamá, ella, que no es de ningún nosotros ni de ningún yo, solamente de un ella, se agarra más con fuerza su pecho y hace aire para adentro y para afuera con la boca bien abierta.

—Pero, hijos, por favor... Estoy durmiendo la siesta. No pude dormir anoche, casi, ustedes lo saben, me tuve que quedar despierta...

Se seca la agüita que sale de su frente, pero le vuelve a aparecer rapidísimo. Así aprendimos, como lo de tragar y escupir aire para no morirnos corriendo: a decir que dejábamos de hacer una cosa y después volvíamos más

mejor con eso. No es culpa nuestra. Eso lo sabemos bien de verdad. Es culpa de eso del agüita que se llama transpiración que nos enseña así a ser nosotros.

—¡Yo no quiero ser Jaime!

—¡Yo no quiero ser Manuel!

—¡Dios! ¡Pero qué les pasa! ¡Dejen dormir a su madre! ¡A quién se le ocurre golpear así una cacerola, maleducados! ¡No pueden ser así de malos! ¡Tiren eso, por favor, se los ruego, que me van a dar un infarto!

Jaime me agarra del elástico del pantalón para que lo acompañe. Caminamos por el borde de la cama y se me ve el pito porque tengo los elásticos estirados. Nos paramos cerca del costado de la parte de mami. Yo me río y me quedo con él. Mami no se ríe. Se le mueve el pecho. Debe tener algo ahí adentro. Capaz que otro embarazo. Capaz que se le fue el bebé para el pecho. Me río más. Mi hermano Jaime me mira y levanta un poco la cabeza amarilla para mostrarme los granos que tiene abajo de la mandíbula, que es lo de abajo de la boca. Son como cosas raras. Como mil hermanitos de cosito amarillo como nuestro pelo que mi mamá capaz que tiene también en el pecho. Todos estamos embarazados de cosas que no son hijos, capaz. Me río más. Es muy divertido vivir en mi casa. ¡Los granos son hermanitos y amarillos como nuestro pelo! ¡Pasan cosas todo el tiempo para no dormir porque hay fantasmas y mami llora y siempre hay olor a caca! ¡Es muy gracioso!

—Dale —me dice Jaime.

Le acerco los dedos a su cuello. Mis dedos en forma de pico de loro, esa herramienta que tiene papá que usaba

para arreglar todo y para destapar botellas. Le reviento un grano y hago una cara de asco que no me puedo ver pero que seguro es re asco porque saqué un hermanito de su cuello.

—Ahora —me dice mi hermano, que por lo del brazo no puede sacarse solo lo amarillo de lo del cuello

Y agarro el pus —que es lo de adentro de los granos— que saqué de su cuello y lo pongo en la uña del dedo del *fakiu* como le dice mi hermano y como lo tengo en el dedo del *fakiu* está preparado para lanzarse si hago impulso con el dedo gordo, el que muy cada tanto usamos para decir que está todo *okay* y hago como gomera y sale disparado y da justo en el labio de abajo de mamá que se queda sorprendida y quieta hasta que se le empieza a *deformar* la cara —que es lo que Jaime dijo del plan— y de repente llora pero como llora la señora loca del quiosco a la que se le murió el hijito como a mami pero a ella también el marido en un accidente de asesinato.

—¡Jajajajajaja! —dice Jaime y le hace dedito para adelante.

—¡Jajajajajaja! —digo yo y le hago dedito para adelante.

Mami no se limpia y llora así toda terremoto como si estuviera a punto de hacer nacer el hijo que le crece en el pecho y que no le sale hace un montón. Sigue transpirando y se le pegan más grupitos de pelo a la frente. Lloro con la boca abierta y caída y le cae baba por el costado y ahora, de repente, parece que llora con la panza. Pero no se limpia el grano que tiene en el labio. Creo que dice algo como qué asco y sacude la cabeza despacito y tampoco se limpia las lágrimas, pobre mami. Es re tonta.

–¡Fea! –le grito.

–¡Puta! –le grita Jaime.

–¿Qué les hice...? ¿Qué les hice? Si trato de ser buena madre...

–¡Por qué nos pusiste esos nombres! ¡Puta! –grita mi hermano y vuelve a golpear la cacerola mil veces en diez segundos. Mil es un montón. Más de cien.

Mamá se tapa los oídos. Pero me da bronca porque se los tapa mal y eso no me gusta. Ni siquiera se defiende bien. Si fuera más mala, en casa todavía se usaría esa pico de loro para arreglar cosas, pero como es así de tonta no se arregla más nada ni se abren botellas. Le hago espada de Leono para acá y para allá para que se asuste más y haga saltos y se defienda pero no lo hace y sigue llorando.

–¡Tonta! ¡Tenemos una mamá tonta!

–¡Puta! –insiste mi hermano–. ¡No me quiero llamar Jaime!

–¡No me quiero llamar Manuel!

–¡Nadie te va a querer dar un beso! ¡Puta!

–¡Tonta y sucia! ¡Tenés un hermanito de granito en la cara!

–Esto no es justo... Esto no es vida... –dice porque no sabe hacer lo de la espada de Leono como yo y no tiene el otro pedal de bicicleta para hacer lo mismo cuando estamos durmiendo porque fuimos y lo escondimos arriba del árbol donde ella dice que hay fantasmas así que no lo va a encontrar.

–¡Tenés pelo blanco y sos fea!

Y salimos y nos vamos a la calle con nuestra *cacerola asquerosa* que le pusimos así cuando mi mamá quiso

hacernos aprender la poesía que ella hace y también con el pedal de la bicicleta que había llegado por la chimenea envuelta en un montón de papel.



Vamos a la casa de la señora Adela, la esposa de pelo rojo del camionero bigotudo, y entramos por la ventana. Nadie nos ve porque todo el mundo duerme a esa hora porque el sol te hace mal y dicen que te podés despertar morido por culpa del sol. Todos hablan de lo de la muerte y de lo del miedo. Nosotros no tenemos lo del miedo. Le rompimos la bicicleta a Papá Noel y no nos vino a decir nada como había dicho mami que iba a pasar. Así que vamos a seguir haciendo cosas divertidas hasta que venga enojado a darnos patadas y a morirnos.

La señora Adela siempre está en la casa pero duerme mucho y nunca pone cosas para cerrar bien la ventana, pero a la puerta le pone como tres llaves y una cadena porque es de las que dice lo del miedo.

Mi hermano entra primero y me ayuda a saltar. Estamos en la cocina y todo parece más limpio que en casa porque no tiene hijos porque el camionero no puede entonces ningún chico juega con lo de tirar cosas de hacer comida y

al marido le dicen *el huevodoro* y viaja todo lo que puede y parece contento cuando se va y cansado cuando vuelve. Mi hermano va directo a la heladera y saca un cartón de leche y un pedazo de dulce de batata que es lo que más me gusta de lo que no es de cosas de sal y lo lleva a la mesa.

—Sentate.

Me siento. Después revuelve la cocina abriendo unas pueritas y saca galletitas y una botella de las que le gustan a papá. Mi hermano le quita la tapa y saca el pito y hace pis adentro de la botella, total es del mismo color. La vuelve a tapar y la deja en el lugar. Después se para y levanta la cabeza, un poco de costado.

—Dale —me dice.

Me paro y le reviento otro grano.

—Dámelo —me dice.

Se lo doy desde la punta de mi uña del dedo gordo derecho que es el de lo de hacer *oke*.

Él lo agarra con el segundo dedo, con la parte de la piel, y lo sostiene hacia delante y lo lleva hasta el teléfono y lo pone en la parte donde la boca dice hola quién es cuando alguien llama. Después se sienta y me siento con él. Se toma un trago de leche directamente desde el cartón. Después me tira un chorro y me moja el pelo, la cara y las piernas y la remera de He-Man.

Abre el coso que encierra el dulce de batata y corta un pedazo con la mano. Me lo da.

—Gracias —digo.

Y me lo como mientras él se corta otro pedazo. Se lo come como yo y después vuelve a tomar del pico del cartón. Hace ruido de sapo. Me río. Yo hago ruido de sapo,

pero menos, como ranita. Hace de vuelta ruido de sapo más fuerte que antes. Yo también y no sale ningún ruido y nos reímos porque ganó.

Viene la señora Adela.

—¿Qué es esto? ¡Qué es esto!

—Estamos comiendo la merienda —le digo con risa y mirándole los ojitos de dormida.

—¡Pero qué es esto, pendejos de mierda!

—Somos los hijos de América. La señora de la otra cuadra.

—¡Y a mí qué carajo me importa, mogólicos de mierda! ¡Esta es mi casa! ¡Quién les dio permiso para meterse y hacer esto!

—Usted es Adela y papá entra acá pero por la puerta.

—¿Qué dicen?

—Que siempre lo vemos entrar por la puerta aunque tiene muchas llaves y una cadena.

—¿Cómo se atreven a decir eso en mi propia casa y encima después de entrar por la ventana? Voy a llamar a la policía y los van a meter en un reformatorio y ahí van a ver lo que les pasa cuando se hacen los vivos.

Mi hermano me mira y yo lo miro y él agarra otro pedazo de dulce de batata y se lo lleva a la boca y lo come y pone cara de que es re rico y yo le hago que sí porque el dulce de batata es re rico y en lo de Adela no sale plata para nosotros.

Adela arrastra sus pantuflas y se saca la bombacha de la cola porque se le mete cuando camina y se quita el pelo de la cara porque ahí no hace tanto calor como en la habitación de mami y le queda perfectamente atrás.

—Ahora van a ver...

Y levanta el teléfono y no se da cuenta pero le queda el grano de mi hermano en la boca y yo me río un montón porque mi hermano está de espaldas, que es estar al revés de ella, y no ve pero después le voy a poder contar que le quedó todo embarrado en la boca que es también el plan y como Adela está pensando en algo que no es llamar por teléfono y parece preocupada, entonces no se da cuenta.

—¿Me van a explicar, pendejitos?

Mi hermano se da vuelta.

—No. Ahora le vamos a explicar a la policía, como usted dijo, señora Adela.

—¿Ustedes? Pendejos... ¡Yo le voy a explicar a la policía! ¡Qué se creen! ¡Aquí no tienen voz ni voto y me van a pagar cada gramo de comida de mierda que comen en esta casa!

—Bueno —dice mi hermano.

Y me tira otro chorro de leche y yo me quedo haciendo como caras como de que me ahogo y nos reímos y él le pega a la mesa cuando se ríe. Siempre que puede le pega a la mesa o a su pierna porque le gusta reírse así. Encima, la mano que tiene es re fuerte. Vuelve a agarrar la cacerola y le pega con el pedal, pero esta vez para festejar.

Miro a Adela agarrar el teléfono de nuevo y soltarlo y volver a agarrarlo y marcar y empezar a hacer eso de cuando mami tiene el pelo pegado a la frente porque ahora también se le pega a ella. No sé si se le pega por el calor. No sé si a mamá se le pega también por eso. Creo que hay algo más y no tiene que ver tampoco con la policía. Hay algo en eso de estar ahí parada siendo grande

y rara y con nosotros ahí que les vuelve de plasticola el pelo.

—¡Basta! Se van. ¡Se van de esta casa!

—Pero todavía tengo hambre —dice mi hermano con cara de triste.

—¡Me importa un carajo! ¡Atrevidos de mierda! ¡Se van!

Mi hermano le hace hombrito y sigue comiendo doblado contra la mesa.

—¿No me escucharon? Estoy a punto de llamar a la policía...

—Jaime... Quiere llamar a la policía —le digo, como si ella no estuviese ahí o tuviera las orejas sucias que es para no escuchar.

—No importa —me dice, también, como si no estuviera con nosotros—. Si llama a la policía va a decir una cosa y nosotros le vamos a explicar que queremos que vengan nuestros padres y le vamos a contar a los policías que papá entra en su casa cuando el marido se va de viaje con el camionsote de la bocina graciosa. Y el marido después se va a enterar y no es lo que Adela quiere, ¿entendés?

—Ah, bueno... —le respondo, y también le hago hombrito y sigo picando cosas.

—Eso... —Adela hace lo del dedito para adelante—. Ustedes no entienden lo grave que es la extorsión.

Mi hermano le responde, pero apenas se le entiende porque tiene la boca llena.

—¿Qué es eso? —pregunta él.

—Creo que algo de la rodilla —le respondo.

—No, mocosito. La extorsión es quitarle algo a alguien por esconder algo que puede perjudicarlo.

–¿Qué es perjudicar? –le pregunto a mi hermano.

–Es cuando papá le pegaba a mamá.

–Ah, como matrimonio –le respondo.

–No, es como cuando alguien te dice algo lindo y después no es así y te hace algo malo.

Y se mete varias galletitas en la boca que caen de a mitades en la mesa y en el piso y yo me muevo rápido como súper Batman y me las guardo en el bolsillo del pantalón de cuando duermo por más que tiene olor a pis y ahora va a tener olor rico porque guardé las galletitas.

–La extorsión los puede perjudicar mucho, chicos. No saben lo equivocados que están. Es muy grave.

De nuevo mi hermano habla y apenas le entiendo un par de palabras pero parece que Adela tiene mucha atención en ese momento como si mamá estuviera soñando y transpirando por eso.

–Sí, es grave, pero peor es estar haciendo lo que hace usted, Adela, porque todos los grandes saben que los papás son de una sola casa y si entra por una puerta un papá es porque es la puerta de trabajar o del trabajo de otra persona para trabajar también o para visitar a la mamá de él o a la mamá de la mamá de la casa y no a una mamá que no es la de su casa... por más que usted no sea mamá, Adela –dice Jaime con la manito como la bandeja de llevar cosas cuando venían visitas a mi casa–, eso no tiene que ver, porque tiene los años de las mamás de las otras casas, ¿o no? ¿No era así como dicen que es?

–Nene, mirá...

–¿Tiene más galletitas? –pregunto y estiro la mano–. ¡Más, más! ¡Porfa, Adela, porfa! ¡Galletitas! De las de

azúcar, ¿sí? Porfa... De las que son de ponerles agua no porque no tienen gusto a nada.

Adela se queda parada. Parece que tiembla pero también puede ser que esté habiendo un terremoto y por eso tiemble como tiembla que es la palabra de lo del terremoto del cuerpo pero cuando se tiene frío. Suelta del todo el teléfono y respira hasta el fondo como cuando papá quiere pero no puede por todos los Imparciales que fuma cuando todavía no hacemos la pregunta de dónde está papi y yo lo digo con mocos y Jaime lo dice con los ojos que dan miedo de él a los que lo miran.

Adela, igual, busca arriba de la heladera y saca un paquete de cigarrillos y se sienta en una de esas sillas chiquitas con forma de equis y un almohadón arriba con una flor de mentira como el mantel de comer en mi casa y cruza las piernas y enciende uno con lo de prender el fuego de cocinar y nos mira tirando el humo y me hace cosquillas con el silencio y me hace dar risa.

—No fume, por favor —dice mi hermano.

Ella lo tira al piso y lo aplasta con el pie de la pierna cruzada, que es la de arriba de la de abajo. Me re sorprendo porque no sé cómo hace para estirarlo tanto si es súper difícil y me hace doler pensarlo.

—¡Guau! ¿Cómo hizo, Adela?

—Hacía danzas, de chica.

—¿Cómo danzas? —pregunto.

—Danzas...

—¿Pero qué es danzas?

Entonces se para con cara de cansada y empieza a mover los pies y las manos para arriba como si los brazos

fueran un aro de basquet y da una vueltita solamente apoyada en las uñas de sus pies y yo quedo como si no hubiera cosas ricas en la mesa porque hace que la mire solamente a ella y ni siquiera me importe lo de la leche que me tiró Jaime como chiste de tirar cosas ricas.

—¡Impresionante! —le digo, que es algo que escuché en el colegio. Que es la palabra que más le entiendo a Gustavito, que habla de una manera que no se le entiende pero *impresionante* sí.

Y agacha la cabeza hasta la altura de la cintura y vuelve a sentarse.

—¿Tiene una escoba? Se me cayeron miguitas —dice mi hermano.

Adela se levanta y la busca. Se para después al costado de mi hermano y se la estira. Creo que le dice tomá pero Jaime no puede tomar de la leche porque tiene comida en el cachete y la mira desde abajo y ella estira más la escoba pero se miran así. Ella sacude un poco más todavía la escoba como para que él la agarre porque él y yo pensamos que era lo de tomar la leche y no la escoba y él igual la sigue mirando. Hasta que sacude un poco la cabeza y ella creo que entiende que tiene que barrer ella. Y lo hace.

—Ahí le falta un poco —dice mi hermano y más miguitas vuelan de su boca y le señala a Adela dónde es que están las otras miguitas que faltaba barrer.

—*Algún día verás...* —canta Adela, y después tararea. Como mamá, pero menos lindo. Y, mientras, junta las miguitas en la palita.

Después, mi hermano le ve el grano de la boca y saca aire despacito y se siente satisfecho y nos levantamos y

nos vamos por donde vinimos: la ventana. Caminamos por el caminito de piedras metidas en la tierra y escuchamos que baja la ventana y le pone una traba y hacemos hombrito porque igual después se olvidan los grandes y si queremos esperamos y nos volvemos a meter.

En la esquina hay un negocio cerrado al que cada tanto le pintan las cortinas para ver si alguien lo quiere para algo pero al final siempre se queda solo y sin cosas para que la gente compre o nosotros agarremos para salir corriendo. Enfrente hay una casa de las viejas pero bastante pintada y con pasto. Digo que es de las casas viejas porque es como que no entienden que ahora hay que tener rejas no así bajitas porque cualquiera salta y se mete y después me río y le doy un codazo a Jaime que mira para abajo mientras camina y de repente hace chis con la lengua.

—¿Qué te pasa?

—Me cagué encima.

—¡En serio! Ahora somos iguales porque yo...

—Vos siempre te hacés, pero vos sos vos...

—¡Pero ahora somos más nosotros!

—Pero yo no me hago nunca y ahora me hice.

Abro los ojos como ese sapo que hicimos que fume y se reventó todo en nuestra cara y me fui a dormir con una patita pegada al pelo y al otro día me levantó un pajarito comiéndose lo que estaba en mi cabeza y salí corriendo y gritando que un pájaro carpintero quiere meterse en mi cabeza, un pájaro quiere meterse en mi cabeza y me tiré en la pileta de cemento del fondo y me abrí de lastimadura y me dieron tres puntos entre el pelo porque la pileta es re chiquita hasta para un chiquito y toda

durísima como una persona grande que en realidad papi la hizo hace un montón porque el mundo tiene poquita agua ya y decía que hay que tener guardada y era para eso y yo le puse mi sangre.

–Mentira, nabo. No me cagué –me dice después.

–¡Ah! –y me muero de risa, porque me la creí.

Me siguen las moscas como me siguió el pajarito para comerse la pata de sapo antes de que me pusieran una aguja entre la piel y la carne para que deje de hacer caminito a mi cerebro. Me picotean ahora las negritas esas en la remera de He-Man porque tengo leche por todos lados y debe hacerles bien o gustarles. Son como papá cuando se junta con su enfermedad y no puede parar de hacer como esas moscas pero en lo del vaso.

Mi hermano Jaime se pasa la nariz por la manga de su remera que era blanca y ahora es de muchos colores porque le gusta usar solamente esa remera todos los días por más que tenga otras que le compra mami cuando sale al calor del sol o al frío de lo de las nubes. Se pasa la nariz y hace ruido como si estuviera resfriado pero el sol no resfría como resfría lo que vive acá en invierno.

Después se vuelve un poco para atrás y se tira ahí en la parecita antes de la reja de la casa que vive como si ahora no saltara nadie a ver qué hay adentro que es lo que les pasaba a los que vendían cosas cuando el negocio de al lado se ponía a poner cara de buenos para vender cosas. Se tira ahí y se pone a llorar como loquito y tiembla como si hubiese de nuevo el terremoto que le hizo temblar las piernas a la señora Adela.

–Total no hay nadie –le digo, porque tampoco se me ocurre qué más decirle si llora así como llora. Y me siento también al lado y lo abrazo y hago fuerza para no hacer igual que él.

–Yo no quiero ser Jaime... –me dice y yo le digo que ya sé, ya sé.

